

John V. Murra (1916-2006), intérprete de la economía andina

CARLOS CONTRERAS

Pontificia Universidad Católica del Perú

ccontre@pucp.edu.pe

El 17 de octubre de 2006 falleció John Víctor Murra, uno de los más brillantes investigadores de la historia y la cultura de la región andina. Su nacionalidad de origen fue la rumana, pero radicó desde muy joven en Estados Unidos, donde se hizo antropólogo. Como investigador, profesor y conferencista resaltó permanentemente la creatividad y capacidad de los pobladores andinos para aprovechar los recursos —y aun crear riqueza— en un medio geográfico complejo, en el que la opinión ilustrada de hoy solo ve pobreza y gentes a quienes sería necesario educar, capacitar y ayudar para que puedan valerse por sí mismas. Murra recordaba, en cambio, que fueron esos mismos hombres quienes desarrollaron una cultura sumamente original, que alcanzó una densidad demográfica elevada para el estándar del siglo XV y la envergadura de los desafíos planteados por el territorio.

John Murra estaba retirado desde hacía algunos años en su casa de Ithaca, en el Estado de Nueva York. Su precaria salud, resultado de sus noventa años y de una vida siempre alineada con los perdedores de este mundo moderno —republicanos en España, indios en América y negros en Estados Unidos— le impedía ya viajar e investigar, como lo había hecho a lo largo de más de medio siglo. Nacido en Odessa en 1916, pasó su infancia en Bucarest, hasta que, siendo un adolescente, se embarcó al

país del norte, siguiendo a un tío medio gitano que tocaba el contrabajo. Ingresó en la Universidad de Chicago, pero poco después marchó a la guerra civil española como soldado. En este conflicto —como él mismo lo destacara tiempo después—, su dominio del ruso, inglés, francés y castellano le resultó excepcionalmente útil. La derrota republicana lo hizo volver a Estados Unidos, donde terminó los estudios de Antropología. Tras una fase en la que se orientó a las investigaciones sobre África, apuntó su interés hacia el área andina. En los años de la Segunda Guerra Mundial, en el país del norte se popularizaron los estudios sobre *áreas culturales*. La región andina fue identificada como una de estas, y Murra, que ya había estado en el Ecuador en la década del cuarenta, se alistó entre sus investigadores.

Entre los años cincuenta y ochenta publicó un conjunto de innovadores trabajos sobre la historia de las poblaciones andinas, entre los que se recuerdan, sobre todo, aquellos dedicados a la función política del tejido, la organización económica y social basada en el control vertical de pisos ecológicos, el papel de los curacas o autoridades étnicas en la jerarquía política prehispánica y colonial, y sus semblanzas sobre una serie de personajes (como fray Domingo de Santo Tomás y Huamán Poma) que, proviniendo del mundo occidental o del indígena, funcionaron como intérpretes o interlocutores de la cultura andina. Lo fascinaban esos hombres que, en medio de sociedades duales, procuraron tender puentes y conseguir una convivencia que no implicase asimilación. Quizás él mismo se reconocía en ese papel.

Su ensayo sobre «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en las sociedades andinas», publicado originalmente en castellano en 1972 como parte de la edición de las *Visitas* de Huánuco del siglo XVI, marcó un hito importante en la comprensión de la economía de los campesinos andinos. Aunque algunos autores —como el geógrafo alemán Carl Troll— habían adelantado ya décadas antes la idea de una adaptación de la economía de los campesinos andinos al territorio rugoso y accidentado de la región en que vivían, fue el artículo del *control vertical* de Murra el que definitivamente consolidó el modelo.

Según este, los hombres andinos accedían a distintos tipos de bienes no por medio del comercio o del mercado, sino controlando tierras en distintos pisos ecológicos. Las violentas oscilaciones del terreno en la región andina hacen que en un radio de apenas cien kilómetros en *línea de aire*, que es la distancia que un hombre puede recorrer a pie en pocos días, las personas puedan tener un acceso directo a productos de distinto temple. Pescados y mariscos del litoral, algodón y frutas de la costa, maíz y alfalfa de la región quechua, papas y tubérculos de la región suni, lana y animales de pastoreo de la región de la puna, y coca y ají de la yunga podían así ser controlados por grupos humanos cuya organización social y económica estaba diseñada, precisamente, para asegurar dicho abastecimiento.

El patrón de asentamiento disperso, que tanto descolocó a los conquistadores hispanos en el siglo XVI, al punto de considerarlo señal de primitivismo y *behetería*; las continuas migraciones de colonos o mitimaes, que marchaban a trabajar tierras en las alturas o en las zonas calientes; y la dualidad en el sistema de autoridades, con su cacique de arriba y el de abajo, pudieron entenderse entonces como la adecuación de la organización social y política al tipo de economía autárquica desarrollado por el modelo del control vertical.

Un sistema así requirió de una organización política fuerte, que pudiera imponer el desplazamiento de personas —por temporadas que podían ser largas— fuera de su lugar de residencia habitual. La verticalidad de la organización territorial halló su complemento, así, en la verticalidad de la organización política, al tiempo que la autoridad reemplazaba al mercado en el papel de distribuidor de los bienes. Los derechos de los hombres destacados a las tierras de las *colonias* eran preservados en el territorio central mediante una organización social que preveía este flujo de una parte de sus miembros.

John Murra fue más dado a escribir artículos que libros. El único trabajo que puede ser considerado propiamente como un libro fue su tesis doctoral, que escribió por exigencias académicas. Presentada en 1955, solo fue publicada mucho más tarde bajo el nombre de *La organización económica del Estado inca* (Lima/México: Instituto de Estudios

Peruanos/Siglo XXI Editores, 1978). Esta investigación, junto con *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1975) —una compilación de artículos—, causaron un notable impacto en los estudios sobre la región andina. De esta última publicación, el Instituto de Estudios Peruanos y la Pontificia Universidad Católica del Perú hicieron, en el 2002, una reedición ampliada y corregida bajo el título de *El mundo andino. Población, medio ambiente y ecología*, en la que se incorporó una docena de nuevos artículos publicados por el autor entre 1975 y el 2000.

Un elemento novedoso en los estudios de Murra fue la interdisciplinariedad. Con el nombre de *Etnohistoria*, creó un enfoque en el que se integraban los métodos del historiador, el antropólogo y el arqueólogo. Así, uno de sus méritos fue leer con ojos de antropólogo los documentos y la correspondencia dejados por los funcionarios de la administración virreinal. No se trataba de *crónicas* hechas para ser leídas en la posteridad, como aquellas con las que habían trabajado los historiadores de los incas del siglo XIX, sino de informes económicos y políticos o de *encuestas* que el Estado colonial aplicaba a los indígenas para su mejor gobierno. Entre sus fuentes predilectas estuvieron los reportes de Juan Polo de Ondegardo, asesor del virrey Toledo y gran conocedor de la cultura y el derecho indígenas.

El año 2000 Murra visitó por última vez el Perú. Vino a despedirse de los muchos amigos, alumnos y colegas que había reunido aquí en su larga vida. También de una realidad social con la que había desarrollado un íntimo compromiso. En este sentido, fue un intelectual ejemplar. No se limitó a investigar, en el sentido corriente de contratar asistentes que recolectasen datos que luego él analizaría en su despacho, sino que se preocupó por formar discípulos en las regiones en que llevaba a cabo sus estudios y crear las instituciones donde ellos pudieran desarrollar luego su quehacer profesional. Quizás por haber sido un inmigrante al que le costó hacerse un sitio en la academia norteamericana sabía de la importancia de crear espacios abiertos en los que los investigadores pudiesen vivir de su trabajo. En países como el Perú y Bolivia debió luchar muchísimo para que el Estado o las empresas privadas invirtiesen en el

estudio del pasado y la realidad rural. Le gustaba porfiar en esas batallas, y disfrutó mucho con las pequeñas victorias que significaron, por ejemplo, llevar la primera fotocopiadora a Huánuco en los años sesenta o que la universidad de esa ciudad publicara una de las largas encuestas hechas en el siglo XVI a los campesinos de la región.

Generoso con su tiempo y su saber, Murra dictó cursos en la Universidad de San Marcos a finales de los años cincuenta, y ya en los ochenta, en el primer programa de maestría en Historia Andina de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, en Quito. En 1964 fundó, junto con varios de sus ex alumnos y colegas sanmarquinos, el Instituto de Estudios Peruanos, con el objeto de que este centro reuniese a estudiosos de la historia y la cultura andinas. Ahora que su presencia entre nosotros ya no es física, quedan sus trabajos y su ejemplo para aprender a valorar lo original y lo valioso que hay en la cultura de los hombres andinos, con quienes él nos enseñó a tener un diálogo respetuoso y entre iguales.